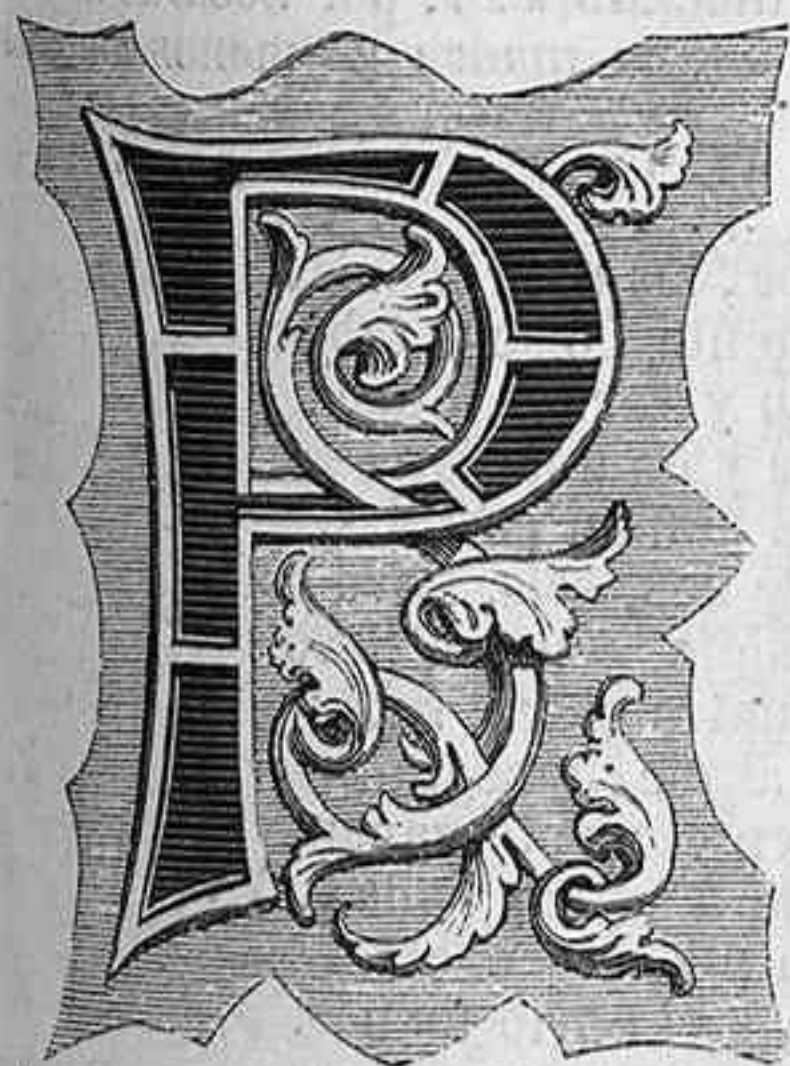


EL MUSEO UNIVERSAL.



NUM. 36. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID : por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 5 DE SETIEMBRE DE 1868. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 30 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RÍCO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 á 13 pesos. AÑO XII.

REVISTA DE LA SEMANA.



Por qué carecemos de noticias frescas acerca de la asendereada cuestion de la paz? Por causa del tiempo, él tiene la culpa; treinta y seis grados de calor que marca el termómetro, son mas que suficientes para agostarlo todo; y sin embargo, en

virtud de una contradiccion inexplicable ó mal explicada, los pueblos pueden esclamar: «¡estamos frescos!» Válganos, pues, el *se dice, se asegura, circulan rumores, etc., etc.*, frases socorridas, cuando hay hambre de saber y falta alimento con que satisfacerla.

Informan al *Internacional* que el gobierno ruso no ve con disgusto la proyectada union aduanera entre Francia, Bélgica y Holanda, reconociendo en Napoleón III el absoluto derecho de realizarla, si lo cree conveniente á los intereses de su pueblo.

El mismo periódico afirma que han sido bien acogidas por el gobierno francés las gestiones que ha hecho el príncipe Gortschakoff en nombre del emperador Alejandro, á fin de que se celebre un congreso europeo para tratar en él de un desarme general. Posteriormente, ha dicho que se ha verificado en París una reunion diplomática, ó sea un congreso íntimo entre los representantes de las cuatro grandes potencias, en el cual no sólo ha habido ardientes protestas de amistad (y lo creemos, en vista del estado termométrico arriba indicado), sino que se ha tratado de un nuevo arreglo del mapa de Europa. Le han dicho al *Internacional* que el embajador en cuyo palacio se efectuó la conferencia, tenía una provision de banderitas clavadas en largos alfileres para indicar los lí-

mites territoriales que se iban improvisando. Parece, por fin, que los plenipotenciarios no se separaron hasta hora muy avanzada de la noche y despues de brindar por la paz universal. Lo que no sabemos es, si al manejar los alfileres, se dieron algun pinchazo los manipulantes, en cuyo caso podria con razon decirse que no hay paz posible en nuestro planeta, á la que no preceda un derramamiento mayor ó menor de sangre. Sea de esto lo que quiera, lo de los alfileritos es gracioso é ingenioso. Escusado parece manifestar que la tal noticia tiene todos los visos de una filfa mayúscula; y aunque no lo fuese, nosotros siempre diriamos: los diplomáticos proponen y Dios dispone.

Prusia y Francia siguen jugando al coco y haciéndose recíprocamente el bú. Cuando la una dice:

Al campo, don Nuño, voy,

la otra responde:

¡Ay de tí, si al Carpio vas!

Ahora se anuncia que el ejército francés recibirá una ametralladora por companía. Esta máquina—se añade—cuyos efectos son terribles, se maneja como un órgano de Berbería. ¡Cielos santos! ¡qué habaneras, qué polkas y qué lancers van á bailar en el aire los ejércitos, cuando este organillo principie á funcionar! Cada uno dispara veinte tiros por minuto, y cada tiro consta de cuatro balas. Como los conductos por donde esta y otras noticias se transmiten, son algo sospechosos, parécenos, despues de todo, que Prusia habrá esclamado, imitando á un gran poeta, al oír lo de la ametralladora:

¡Lástima grande
que no sea verdad tan lindo invento!

Un despacho telegráfico participa que Garibaldi ha hecho dimision de su cargo de diputado; y otro que, segun cartas de Roma, se mandó poner preso al cardenal Reisach, por haber querido tomar posesion de la silla episcopal de Magliano sin tener el *exequatur* del gobierno italiano. El telegrama que disponia el arresto sufrió un retraso por causa de las inundaciones, y el cardenal pudo volver al territorio pontificio.

Tambien la cuestion religiosa anda complicada en Austria. En la prensa extranjera leemos que los obispos de Linz y de Brunn se oponen terminantemente al cumplimiento de las nuevas leyes interconfesiona-

les, habiéndose negado á entregar á las autoridades civiles los libros de matrimonios; y que el gobierno les ha dado quince dias de plazo para cumplir la ley.

Dicen de Lóndres que el presidente del Consejo de ministros está resuelto á cambiar de politica en la cuestion de la Iglesia de Irlanda, y que el discurso de la Corona en la apertura del próximo Parlamento, será opuesto á la continuacion de los privilegios eclesiásticos en la isla hermana.

A los círculos políticos de Viena preocupa mucho el proyecto de confederacion de los Estados de la Alemania del Sur, protegida por el Austria.

Habla el *Diario de Barcelona* de un manifiesto de Juarez, en el que se dice que éste, como descendiente de los Motezumás, tenia derecho á vengar en la persona de un nieto de Carlos V (aludiendo á Maximiliano) el asesinato del mas ilustre de sus antepasados. «La historia nos enseña, dice Juarez, que un representante (Cortés) del progenitor de Maximiliano, quemó vivo á mi antecesor Guatimotzin.» Pondremos en cuarentena la existencia de tal documento, por lo desatinado de la idea de que acabamos de hacer mérito. Sentada la peregrina jurisprudencia que, en caso de existir, le habria dado origen, ¿quién se contaria seguro? ¿Quién sabe si los antecesores de Guatimotzin se regalarían en sus banquetes salvajes con la carne esparillada de sus enemigos? Estas curiosas investigaciones nos llevarían hasta el primer día del mundo, probándose, quizá, á ser posible probarlo, que Guatimotzin descendía de Cain, el matador de Abel.

Reina grande agitacion entre los negros de la Carolina del Sur y en la del Norte.

Son tan contradictorias las noticias de Haiti transmitidas por el telégrafo, que es difícil, si no imposible, saber la verdad de lo que allí sucede. Segun las últimas, la revolucion parecia triunfar definitivamente. Salnave se disponia á huir, y su familia estaba amenazada por los cacos, lo cual es lo único que no ponemos en duda, porque los cacos abundan allí como en todas partes y son una continua amenaza de las familias y de los bolsillos. Salnave habia preso al cónsul de Prusia y se preparaba á hacer otro tanto con el vice-cónsul de Inglaterra, por cuyo motivo un buque de guerra inglés se disponia á bombardear la ciudad.

Apartemos los ojos de estas miserias, y fijémoslos en espectáculos mas agradables, mas útiles y mas fecundos. La ciencia y la industria registran todos los

días en sus anales nuevas observaciones, nuevos progresos en el camino que con tanta gloria recorren en el presente siglo.

En Nueva-York, se ha inventado recientemente un aparato, cuyo motor principal es la electricidad, el cual sirve para encender al mismo tiempo, en un sólo segundo, todos los faroles de aquella inmensa población.

En la última exposición agrícola de Alabama han llamado la atención unos preciosos tejidos formados con la fibra de una planta importada de Java, la cual puede reemplazar en parte al algodón en las plantaciones de la América del Sur. Dicha fibra se distingue por su finura, por su resistencia, mayor que la del lino, por su suavidad y, en fin, por su blancura.

El P. Braun, jesuita austriaco, ha inventado un sencillo instrumento, llamado nefoscopio, para medir la dirección y rapidez de las nubes.

Dentro de breves días saldrá de Pola la expedición político-científica que envía el Austria al Asia oriental.

Ciento veinte sociedades sabias existen hoy en Inglaterra, contando con un total de sesenta mil miembros y con un capital de seiscientos cuarenta y tres mil duros.

En julio último ha descubierto el profesor Coggia, del Observatorio de Marsella, el centésimo pequeño planeta, de la magnitud décimatercia, á poco más de los ciento seis grados de distancia polar.

El general Vaillant, presidente de la oficina de longitudes de Francia, ha recibido de Mr. Hamssen el siguiente telégrama, fechado en la India el día 18: «El eclipse ha sido observado cerca de Protuberanas. —Espectro muy notable é inesperado. —Protuberancias de naturaleza gaseosa.»

Finalmente, en Francia se ha hecho ya aplicación de los velocípedos para andar por el agua. El autor del invento es el arquitecto de París Mr. Thierry. El principio en que el invento se funda es el mismo que el de los velocípedos ordinarios, y grandísima la rapidez del aparato.

La conferencia internacional para el socorro que debe darse á los heridos, será convocada en el mes de octubre, teniendo por único objeto revisar el convenio de 1864 y estender sus efectos á las guerras marítimas.

La Academia española de Arqueología ha nombrado para que la representen en los congresos arqueológicos y literarios próximos á celebrarse en el extranjero, á sus individuos los señores Tubino, conde de Ripalda y Lagreze.

Se ha establecido en Valladolid una sociedad de cuartetos; mucho lo celebramos, y si se hubiesen establecido cuatro, lo celebraríamos cuatro veces más; pero deseáramos que al mismo tiempo se fundasen sociedades literarias, ó liceos en que las letras pudiesen ostentar sus progresos. La provincia de Valladolid, que cuenta entre sus hijos á Zorrilla, Villergas, Cazorro, Florentino Sanz y Nuñez de Arce, no debe dormirse sobre sus laureles, y mucho menos cuando el hambre ha llamado á sus puertas y necesita todos los beneficios de la ilustración, para levantarse, para allegar socorros y para sobrellevar con resignación su inmensa desgracia. Esta escitación la hacemos hoy extensiva á toda Castilla la Vieja, como meses atrás la hicimos á Salamanca, aunque no con tan triste motivo.

La empresa del ferrocarril de Valencia á Madrid, de acuerdo con las de todas las líneas de España y con el empresario de la plaza de toros de aquella capital, ha rebajado un 70 por 100 en los precios de ida y vuelta, en los días 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23 y 24 del corriente mes, para que puedan disfrutar de las corridas de toros que van á celebrarse allí, todas las clases de la sociedad, por lejano que tengan el punto de su residencia. Para vergüenza del país, y muy particularmente de alguna empresa de ferrocarril, debemos consignar que cuando la celebración de los últimos juegos florales de Barcelona, la empresa á que aludimos, se negó á hacer rebaja en los precios para conducir á la capital del antiguo principado á los escritores invitados por los poetas catalanes.

El teatro del Príncipe se está echando, como suele decirse, tapas y medias suelas para presentarse decentito en el próximo año cómico. Todas estas mejoras nos parecen bien; y si lo mismo en este que en los demás teatros se guardan á los autores las debidas consideraciones, si ha de consultarse el mérito de las producciones que se presenten mas que al pandillaje, ó á los caprichos de tal cual reyezuelo de bastidores, mejor que mejor, como diría uno de los personajes cómicos del *Don Francisco de Quevedo*. Si no se quiere que el teatro, ya agonizante, acabe de morir, es preciso que la crítica, al propio tiempo que ensalce sin tacañería á los que lo merezcan, autores ó actores, sea inflexible con los que por sistema, por lucro ó por ignorancia, ó por todas estas cosas juntas, contribuyan á mantener la situación deplorable de la Talía española.

Por la revista y la parte no firmada de este número.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LA MUJER Y LA FAMILIA

ANTE EL ESPÍRITU DEL SIGLO.

(CONTINUACION)

V.

Esa completa educación á la vez amena y grave, profunda al par que sencilla, filosófica sin aridez, trascendental sin impertinencia, cuyos progresos han venido sintiéndose con el desarrollo físico y moral de la hija, no ha podido menos de inspirar irresistible y dulcemente á ésta un respeto sin afectación, ingenuo hácia sus padres, y un cariño leal y franco que aumenta con las concesiones que se van haciendo á la actividad de su espíritu ilustrado y con las cuales llega ya á ejercer cierta benéfica iniciativa en asuntos de importancia para los intereses de la casa.

Con esa educación, la mujer está perfectamente armada contra las asechanzas de la malicia y de la adulación insidiosa, y contra los peligros de su propia debilidad. Si es hermosa, habrá aprendido á ser hermosa modesta á quien no desvanece el aire lisonjero de los salones. Si en estos llega á ser, por su belleza y sus gracias, verdadera heroína, brillará de seguro más por la bondad, conque Dios enaltece el alma de los héroes, como dice Bossuet; será reina que comprenda los deberes que impone la corona, como quiere sabiamente la distinguida escritora Madame de Rémusat. Porque una reina así educada, no puede deslustrar su trono con la tontería, ni con esa vanidad estúpida que desprestigia á tantos ídolos; no puede tampoco emplear su cetro en proporcionar los efímeros placeres de una pérfida coquetería, cuyas armas se vuelven contra la que las maneja; se resiste á ejercer el despotismo inhumano de esas pobres soberanas *de un día*, que se entretienen en contar sus glorias por el número de las víctimas de su falsedad: en vez de gozarse en humillar á sus plantas muchos vasallos, gozará, comprendiendo su misión dulce y santa, en elevar á su trono al más digno, para hacerle su compañero de toda la vida.

Y vednos aquí en el importante capítulo del amor, preámbulo del más trascendental del matrimonio. La mujer que ha recibido esa educación, ilustrada por el previsor cariño de los padres, que le ha proporcionado grandes é interesantes conocimientos, sin destruir el puro candor de su alma, pero fortaleciendo su razón, no necesita de esa constante vigilancia paternal, llena de sobresaltos nacidos, para castigo de tantos padres, de la desconfianza que inspira la insuficiencia de una niña débil, que ha vivido siempre entre conspiradores, es decir, entre folletines y entregas de novelas y entre sueños y delirios hijos de esas largas horas de soledad y de silencio, en que gana poco con la aguja y pierde mucho con la fantasía, guiada por esa misma ignorancia que Fenelon condena tan enérgicamente en su admirable *Educación de las hijas*.

No; aquella mujer está educada de tal manera, que se halla á cubierto de los tiros de los tontos y de los bribones, cuyas primeras armas son la lisonja y el dulce halago á la vanidad y esas pinturas exageradas de amor, disfraces del egoísmo y de la perfidia. Aquella mujer, que es mi ideal, está prudente y tranquilamente prevenida, sin necesidad de las necias preocupaciones con que en vano quieren muchos padres suplir en una hora la falta de lo que es obra de muchos años de prevision, de paciencia y de verdadero cariño.

No necesita ella ver en cada hombre un seductor infame ó un torpe pretendiente de la posesión y goce de sus riquezas, como esas infelices criaturas no educadas, que, en medio de sus mismos temores y recelos inspirados, suelen al fin elegir lo peor, llevando en todo caso al matrimonio la duda, la desconfianza, la serpiente que oprime entre sus anillos al corazón, que impide la expansión de los nobles movimientos del alma y que envenena las más santas alegrías de la vida conyugal.

No; si la mujer convenientemente educada, es por ventura rica, nunca será la *femina dives* de que habla Juvenal y que cita el señor don Severo Catalina en el capítulo de *La pobreza* de su libro sobre la mujer.

Y hé aquí que no creo fuera de mi propósito hacer notar á este distinguido literato y académico que su cita puede envolver una acusación contra su procedimiento, en mi humilde concepto, dañoso, y contra sus afirmaciones demasiado absolutas y que yo me complazco en juzgar inexactas. De nada sirve que muestre lo intolerable de los gravísimos defectos en que pueden incurrir las mujeres ricas, si conspira á la vez para que se generalicen esos defectos, pintando de un modo harto arbitrario á la juventud de hoy exenta de sentimientos generosos y buscando en la mujer el dinero siempre y nunca el amor, la honradez y la hermosura.

Con el respeto debido, diré al actual ministro de Fomento, que para embellecer en todo á las pasadas generaciones, no es preciso calumniar de una manera tan absoluta á la generación presente.

Oigamos al señor Catalina: «Al hablar de la mujer, preguntaban nuestros abuelos: «¿es honrada?»—Nuestros padres solían ya preguntar: «¿es hermosa?»—Nuestros jóvenes de la actualidad preguntan simplemente: «¿es rica?»... Y yo pregunto á mi vez al señor Catalina: ¿Son esas afirmaciones absolutamente exactas y enteramente justas? El prologuista ingenioso de *La Mujer* del señor Catalina, llama á eso *sátira buena* del siglo. Siento ó, mas bien, celebro no estar en esta ocasión conforme con poeta tan notable y amigable como Campoamor.

Si hemos de contar como vicios exclusivos de un siglo, los que son vicios de la humanidad, nada más fácil que hacer sátiras contra los siglos todos, incluso contra los que tanto ganan en esa comparación, mas odiosa que otras, que nos ofrece el señor Catalina. En todos los tiempos y en todos los países ha existido siempre, mas ó menos manifiesto, el excesivo amor al dinero. El *auri sacra fames* del célebre poeta latino, es el *Poderoso Caballero* del satírico poeta del siglo XVII, y *El tanto por ciento* del poeta dramático de nuestro siglo, y el *Oros son triunfos*, vulgar ayer, como hoy y de seguro como mañana. Avaros del tiempo son los ingleses sólo porque *es oro*, cuyo valor debíamos apreciar, siquiera tanto como los ingleses, los españoles.

Quevedo, que, como corto de vista, conocía de cerca á las mujeres, y, como popular y bien quisto en todas partes, frecuentaba el trato de las distinguidas damas como el de las busconas menos distinguidas, revela, al celebrar satíricamente los atractivos del *Poderoso Caballero*, que «nunca vió damas ingratas á su gusto y afición,» después de haber dicho:

«Madre, yo al oro me humillo,
él es mi amante y mi amado,
pues, de puro enamorado,
de continuo anda amarillo.»

En las comedias de Lope, Calderon, Tirso, Alarcón y Rojas, á pesar del carácter caballeresco de la época, con alguna frecuencia se nos ofrecen galanes y damas contando más con la calidad que con las cualidades.

Don Ramon de la Cruz, en su sainete *La oposición á cortejo*, pone en boca de una madre las siguientes palabras significativas y que estremecen más que todas las iniquidades de los agiotistas de la comedia de Ayala:

«¡Honra! no tuvieron nada
mas de *sobra* sus abuelos;
pero yo y mi chica *más*
necesitamos *dinero*.»

Moratin, que tan profundo observador era de las costumbres de su tiempo y tan intencional y filosóficamente combatía sus vicios, no escribió de seguro *El Baron* exclusivamente para presentar un carácter y para entretener algunas horas á los espectadores.

En esa comedia dice Moratin, por boca de don Pedro, para ilustrar á una madre no menos ambiciosa que inocente:

«.....
No señor, los matrimonios
de esa gente lo se entablan
por trato y cariño. Cogen
la pluma y en una llana
de papel suman partidas.
Cuatro y dos, seis, llevo nada;
ocho y siete, quince, llevo
una y cuatro cinco; sacan
el total al pie, y según
lo que en el ajuste ganan,
hay boda ó no hay boda... Y sea
la novia gibosa y chata
y tuerta y el novio manco,
viejo, gotoso y con sarna;
conózcanse mucho ó nunca
se hayan hablado palabra,
con amor ó sin amor...
¡bendígalos Dios! se casan.»

Sabe, sobre todo, mejor que yo el señor Catalina, que en esos tiempos en que alentaba todavía el orgulloso espíritu de raza y en que, por la costumbre como por la ley, se concedía muy poco en la familia á la acción individual, eran más comunes los matrimonios de *conveniencia* y se enseñaba á suplir la falta de otros títulos mejor con el dinero que con el talento y las virtudes. Lo que sucede en nuestro siglo es que, como hay más luz, el vicio se ve más claro, y que, por eso mismo, existe menos hipocresía en las costumbres y las virtudes aparentes escasean. Lo que sucede es, que la mayor actividad del comercio de la vida humana y los grandes adelantos positivos, han ido creando inmensas necesidades materiales que obligan á dar más importancia á la riqueza, conduciendo al desarrollo del cálculo, porque mayores necesidades exigen más de eso que los declamadores llaman *metal*.

La escuela calculadora, es, pues, irremediable. Y por esto mismo, si nuestros abuelos, cuya apología resultaba de la comparación del señor Catalina, levantasen

la cabeza y tuviesen que participar de nuestras luchas y de las dificultades crecientes que ellos no pudieron conocer y que hoy ofrece la vida en todas las esferas, serian los primeros á admirar á los nietos que comba-ten y no sucumben, á esa calumniada juventud, que á pesar de las lecciones de cálculo frio, conserva, por lo general, el calor del corazon y el noble instinto de los sentimientos generosos. Porque yo no dudo que el señor Catalina, en los años que hace que publicó su libro, habrá tenido ocasiones de observar que no fue justo con la generacion á que pertenece, y que están en inmensa mayoría los jóvenes que procuran posición y riquezas por medio del talento y el estudio y otros elementos, no tan honrosos, pero nunca tan miserables como el pretesto y las protestas de un amor, disfraz del mas torpe y criminal egoismo.

Para terminar por mi parte este enojoso incidente, promovido por el docto literato y académico distinguido y hoy ministro de Fomento, yo celebraría dos cosas:

1.ª Que, para averiguar toda la parte que puede alcanzar á nuestros padres y aun á nuestros abuelos del pecado en cuestion, encontrase el académico hasta las fuentes mas ocultas de aquel cantar popular que empieza:

«El amor y el interés
salieron al campo un día...»

Y 2.ª Que, para librar siquiera al académico de aquel pesimismo de los veinte y seis años, pudiera el ministro de Fomento conseguir un imposible, es decir, una estadística conyugal en que constasen todas las desventajas que ha originado y origina el cálculo de nuestra juventud que busca simplemente la riqueza, y todos los disparates que ha hecho y sigue haciendo nuestra juventud, arrastrada sólo por los encantos de la virtud y de la hermosura.

No pintemos á los hombres peores que son en realidad, si no queremos encontrar á las mujeres menos buenas que deseamos. No presentemos á la juventud arrugada y encanecida por la avaricia, si no queremos que hasta la mujer pobre sea la intolerable *femina dives* de Juvenal. Hagamos mas justicia á esa edad que, en todos tiempos, será la edad de los sentimientos generosos.

(Se continuará.)

EDUARDO BUSTILLO.

BIBLIOGRAFIA.

ANTIGÜEDADES PREHISTÓRICAS DE ANDALUCÍA.—MONUMENTOS, INSCRIPCIONES, ARMAS, UTENSILIOS Y OTROS IMPORTANTES OBJETOS PERTENECIENTES Á LOS TIEMPOS MAS REMOTOS DE SU POBLACION. POR DON MANUEL DE GÓNGORA Y MARTINEZ.—MADRID, IMPRENTA Á CARGO DE C. MORO. 1868.

Con el título que sirve de epígrafe á este artículo, acaba de presentarse al público en las principales librerías de esta córte, un libro, cuya aparicion en las presentes circunstancias bien puede calificarse de verdadero acontecimiento científico. Cuando con harta frecuencia vemos calumniado á nuestro pais por escritores extranjeros, suponiéndole en un lamentable estado de atraso y propalando que en España, permanecemos estacionarios ó rezagados en el camino abierto á la inteligencia humana del progreso científico y literario, nos llena de noble orgullo la aparicion de cada nueva obra que sale á luz, para dar un solemne mentís á nuestros detractores.

Seria hacer alarde de erudicion inoportuna é innecesaria en este lugar, ir presentando ejemplos de los adelantos, que así en ciencias como en letras ha hecho España, desde lejanos tiempos hasta el dia, pudiendo decir que no hay ramo del gran árbol de la ciencia humana en que no haya brillado mas de un español por sus descubrimientos, por su profunda crítica ó por su elevada inteligencia, ni esfera del arte en que no conquistaran inmarcesibles coronas, genios superiores, cuyo recuerdo jamás podrá caer en la sima del olvido.

Con harta frecuencia vemos ideas y obras de nuestros ingenios vestidas á la moderna usanza por autores extranjeros, pues acontece con esto en nuestra patria lo que con muchos de sus envidiados productos naturales: les damos poca importancia, mientras los tenemos en casa, y no encontramos voces para encajarlos cuando vienen disfrazados tras una máscara extranjera.

Pero el amor al suelo donde nacimos nos llevaria demasiado lejos, si continuáramos el curso de estas ideas, sugeridas por el hermoso libro del señor Góngora. La primera impresion que nos ha cansado ha sido de orgullo pátrio, y no hemos podido prescindir de dejar correr la pluma llevados de tan puro sentimiento.

La ciencia de las antigüedades, que desde fines del

siglo anterior y principios del presente, ha avanzado mas que en los diez y siete siglos anteriores de nuestra era, despues de inquirirlo y registrarlo todo para buscar en lo mas recóndito páginas desconocidas del gran libro de la historia humana, no satisfecha con haber penetrado en el Egipto los misterios de un lenguaje sagrado desconocido hasta para el mismo pueblo á que pertenecía, como reservado solamente á ciertas clases privilegiadas; no contenta con haber buscado en la India el origen de artes é instituciones hoy ya claramente desveladas para el estudioso; no contenta con haber levantado entre las ruinas de Babilonia y Nínive aquella estraña escritura cuya *difícil facilidad* ha conseguido sorprender; no contenta con presentar al hombre que hoy vive las artes, las costumbres, la civilizacion, la vida así pública como íntima de los pueblos que le han precedido en su peregrinacion sobre la tierra, ha querido penetrar hasta en esos misteriosos tiempos que oscurecía la brumosa niebla del pasado, como oscurecen y envuelven las últimas é indecisas líneas de los lejanos horizontes los vapores del crepúsculo.

Podía considerarse plenamente dominadora del mundo histórico, pero nuevo Colon del pensamiento, ha querido lanzarse al piélago de lo desconocido, para descubrir el Nuevo Mundo que dormía ignorado mas allá de esos tiempos, tras de los cuales se contentaba el hombre con anunciar alguna vaga sospecha.

Asistiendo á la infancia del género humano, ha querido penetrar en sus orígenes, seguir la formacion de sus distintas razas y emigraciones, y buscar á la humanidad en ese ignorado período para completar su historia.

A esto se han encaminado los recientes estudios acerca de esos tiempos llamados *prehistóricos*, porque se refieren á una época en la cual no se podía con paso seguro fijar noticias ciertas y una encadenada hilacion de sucesos; períodos prehistóricos, nunca, sin embargo, terminados, porque la raza humana no marcha á un tiempo por el camino de la civilizacion, sino que mientras los unos, no bastándoles ya la superficie de la tierra para sus adelantos, se lanzan al espacio, los otros apegados todavía á la roca ó al árbol, labran toscas armas de piedra y disputan su guarida á las fieras de las montañas.

Importantísimos descubrimientos hechos en los túmulos de la Escandinavia, en las colinas de Inglaterra, en estratos diluvianos y sobre todo en los lagos de la Suiza, fijan actualmente la atencion de los arqueólogos en esos tiempos primitivos, que profundamente estudiados, con el poderoso é imprescindible auxilio de la Geología, se han logrado ya dividir en cuatro grandes edades. Trabajos notables, aunque en escaso número, sobre estos recientes descubrimientos, empiezan á publicarse en Alemania, Inglaterra y Francia; y España, que nunca es la última cuando suena la hora de los adelantos en el reló de los tiempos, llega hoy tambien á ese noble estadio apenas abierto, con el libro del señor Góngora.

Infatigable investigador el docto catedrático de la Universidad de Granada, ha reunido tal coleccion de datos y de monumentos dentro de la zona de Andalucía, que difícilmente podrá presentarse ningun otro con tan rica coleccion de importantísimos descubrimientos; y no queriendo hacer exclusivo y egoista patrimonio de su estudio, estas noticias, las presenta al público para que todos disfruten de ellas y para que, enlazándose y hermanándose los descubrimientos de la Cueva de los murciélagos y de la Caverna de Alhambra, con los de West, Kennet, Robenhausen, Wanchen y las cuevas del Dordoña y del Rhin, vengán á confirmar la hermandad tambien de la gran familia humana.

La empresa acometida por el señor Góngora parecería increíble, á no verla realizada. Sin mas auxilios que sus esfuerzos individuales, ha hecho descubrimientos y formado un libro que necesitaria en otros paises la concurrencia de corporaciones sabias y el auxilio del gobierno; y bien merece alabanza y recompensa quien de tal modo sabe demostrar á la faz del mundo su incansable actividad, su clara inteligencia, su erudicion profunda.

No trataremos de hacer un detenido exámen del libro que motiva estas líneas. En él se encuentran reunidos preciosísimos monumentos así de la edad neolítica, como de épocas posteriores, aunque pertenecientes á tiempos tambien muy primitivos, y á diferentes razas de los aborígenes de mas recientes pueblos, que todos usaron de análoga manera, confirmando con esto el error de los que supusieron esos monumentos megalíticos, como patrimonio exclusivo de una determinada raza.

Modesto el autor de la obra que nos ocupa, se contenta con esponer el resultado de sus estudios y deja para otros ingenios el hacer deducciones de los descubrimientos que les ofrece. Indica, sin embargo, aunque con todo el temor y sobriedad del verdadero hombre científico, las congeturas que le sugieren esos mismos monumentos; y procede al hacerlo con tan buen criterio y sana razon, que casi nos atrevemos á decir se encuentra en sus indicaciones el origen de todos los estudios á que pueden ampliarse.

El libro que hoy nos ocupa, en manos de cualquier otro erudito de los que saben aplicar á las obras el procedimiento de la homeopatía, convirtiéndose en grandes cantidades de lectura pequeños átomos de sustancia ó de ideas, hubiera producido un trabajo acaso de muchos volúmenes, cuya lectura probablemente se habria estendido muy poco. Más acertado el autor de este pequeño, pero gran libro, ha narrado con el sencillo y franco lenguaje de la verdad sus exploraciones, ha propuesto sus juicios, y contenido con haber arrojado la semilla á la tierra, no ha temido, generoso y noble, que otros cojan el fruto.

Por muy abundante que este fuera en nuestro pais, y por muchos libros que se escribieran sobre el asunto, siempre tendríamos que volver la vista á esta obra, que por la forma en que se encuentra y con las noticias que contiene, puede calificarse como la primera que en tales condiciones y sobre tal asunto publican las prensas españolas; pues aun cuando antes de ahora se habian hecho trabajos apreciables é importantes por otros literatos y anticuarios, á quienes el autor paga el tributo de consideracion que les corresponde en su mismo libro, y á alguno de entrañable cariño, como sucede con el autor de este artículo, todos esos trabajos estaban limitados á noticias mas ó menos extensas, á extractos de obras extranjeras, ó á consideraciones sobre los adelantos de los mismos estudios, pero ninguno llegó á formar un núcleo de doctrina, ni á dar nociones tan desconocidas como las que se encuentran en la obra del doctor Góngora.

Hay en ella una clase de descubrimientos que podemos llamar casi completamente desconocidos hasta el dia, y que han de producir una verdadera revolucion en el mundo histórico, el dia en que un afortunado ingenio logre penetrar en el misterio que hoy los rodea. Nos referimos á las célebres inscripciones del Higueral, las cuevas de Carhena, las de Fuenfaliante, Batanera, y Cueva de los letreros, que reproducidas con nimia y acertada escrupulosidad por el señor Góngora, esperan el afortunado instante en que la comparacion, el análisis y tal vez providencial acontecimiento desvelen el secreto de sus cifras geroglíficas, de sus trazos simbólicos, y acaso de sus líneas, en que gráficamente pudiera haberse marcado el elemento fonético de tan primitiva escritura.

A tantos y á tan diversos y ricos caminos abre ancho entrada el libro del señor Góngora; y aunque otro mérito no tuviese, ya es este bastante para la consideracion y el aprecio de los doctos.

Al llegar á este punto, notamos, que llevados de un sincero entusiasmo que no queremos ocultar; hemos dilatado estas líneas mas de lo que hubiéramos debido, puesto que no es dado á nuestros modestos estudios hacer de la obra el juicio detenido y erudito que ella requiere. Ya lo hicieron dignamente y con la sabiduría que les distingue, los doctos académicos que dieron su informe acerca de la obra á la Real Academia de la Historia, y esta ilustre corporacion, haciendo suyo el dictámen de los dignos individuos de su seno. Ya lo hicieron tambien el erudito y elegante escritor granadino, señor marqués de Gerona, y los autores no menos y con justicia reputados, que han publicado su juicio acerca de este libro en varios periódicos de la córte, sin distincion de empresas ni colores políticos; nosotros únicamente nos limitamos á dar expansion al sentimiento de indecible placer que nos ha producido la lectura de esta obra, á darnos la enhorabuena de que haya en nuestra patria hombres que así sepan sostener la sacra llama del entusiasmo por los estudios arqueológicos, y á enviar desde el fondo de nuestro corazon el mas sincero y cariñoso pláceme al autor de esa obra, al amigo de la infancia y de la juventud, cuya laboriosa carrera hemos ido siguiendo paso á paso, y á quien hoy con franca alegría vemos empezar á coger el fruto de sus desvelos.

Ibamos á terminar, y notamos que si lo hiciéramos no consignando merecidas alabanzas á la parte tipográfica y artística de la publicacion, hubiéramos cometido una verdadera injusticia. Las viñetas y láminas de las cuales presentamos tres en este número de EL MUSEO, debidas así en su dibujo como en su grabado al verdadero artista don Bernardo Rico, los cromos obra admirable de Teófilo Rufflé y la impresion esmerada y perfectamente hecha, tambien con verdadero sentimiento artístico por el señor Moro, hacen del libro del doctor Góngora una de las primeras obras publicadas en este género, resistiendo no sólo la competencia, sino superando bajo este aspecto á varias extranjeras.

Resta sólo que el público acoja como debe tales esfuerzos, que aprecie en todo su valor este libro, y que no lo mire con ese indiferentismo de la generalidad, que es lo que verdaderamente mata en nuestra patria los esfuerzos de los hombres estudiosos. El dia en que este linaje de estudios llegue como en otros paises á ocupar lo mismo al erudito académico que á la elegante dama; el dia en que constituya un elemento indispensable de esos que se llaman de buena sociedad, habrá dado España un gran paso en la senda de la verdadera civilizacion.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.



COSTUMBRES.—LA VISITA DE ENHORABUENA.

LA VISITA DE ENHORABUENA.

Un nuevo individuo acaba de hacer su aparición en este valle de lágrimas, en medio del júbilo de la familia, que, siquiera por un momento, no recuerda las que ha vertido y mucho menos las que le restan que verter.

El padre somete su obra á la contemplación y á la admiración de los amigos y amigas que han ido á felicitarle; sí, señores, á la admiración, porque el sucesor es ya á los ojos del padre, un modelo acabado de perfecciones físicas y morales.

Los visitantes han de afirmar siempre que el hijo se parece al padre, esto es de ene, y aunque no se precien de adivinos, han de convenir con el que les muestra la criatura, en que la fisonomía de ésta revela una inteligencia que, desarrollada con el tiempo, se perderá de vista.

En tanto, nunca falta una pareja de enamorados que en un rincón del aposento, envidian la dicha suprema de la paternidad que tanos gozes proporciona al hogar doméstico y tantos ciudadanos útiles (es un decir) al Estado.

¡Qué alegría resplandece en el rostro del padre, y cómo sabe el mismo comunicarla á los que se le acercan! Ignoramos si Ortego, autor del dibujo á que hacen referencia estas líneas, el padre de familia; si lo es, se habrá inspirado en su propia experiencia; si no lo es, debe decirse que observa admirablemente.

A.

APUNTES BIOGRAFICOS.

FEDERICO MISTRAL.

Federico Mistral, cuyo retrato es adjunto, es el gran poeta moderno de Provenza. José Roumanille, Teodoro Aubanel, Juan Bautista Gaut, Antonio Blas Crouzillat y él dieron el primer empuje al despertamiento literario de Provenza, pero en este camino bien pronto Mistral debía ponerse á la cabeza de todos.

La aparición de su poema *Mireya*, en 1854, fue un verdadero acontecimien-

to literario y el magnífico coronamiento de la moderna literatura provenzal llegada á su apogeo.

Se han hecho traducciones de *Mireya* á doce lenguas y sus varias ediciones se han agotado rápidamente. Lamartine consagró á su exámen y elogio todo un cuaderno de sus *Conferencias literarias*; la Academia francesa le dió un premio; el gobierno condecoró á su

autor con la cruz de la Legion de honor y Gounod escribió una ópera sobre el asunto.

Mireya, sobre todo en Francia, es un libro tan popular como *Pablo y Virginia*.

A este poema siguió el *Calendau*. Esta segunda obra de Mistral fue el fruto de siete años de trabajo y de estudio.

Mireya es la encarnación poética de la Provenza pastoril y rural: *Calendau* es la personificación de la Provenza legendaria, heroica é histórica.

Mistral es autor de notables poesías, entre las cuales figura una de las primeras titulada *La Condessa*, que ha dado lugar á que á propósito de ella se escribiera en París un volúmen de trescientas páginas.

Federico Mistral nació en Maillane, pueblo de Provenza, del departamento de Marsella, el 8 de setiembre de 1830. Siguió la carrera de leyes en la Universidad de Aix, recibiendo el título de licenciado, y sus primeros ensayos se consagraron á resucitar la lengua provenzal.

Sus primeras poesías vieron la luz en un periódico de Avignon, que dirigía José Roumanille, y luego que hubo publicado su *Mireya*, llegó á ser una celebridad europea.

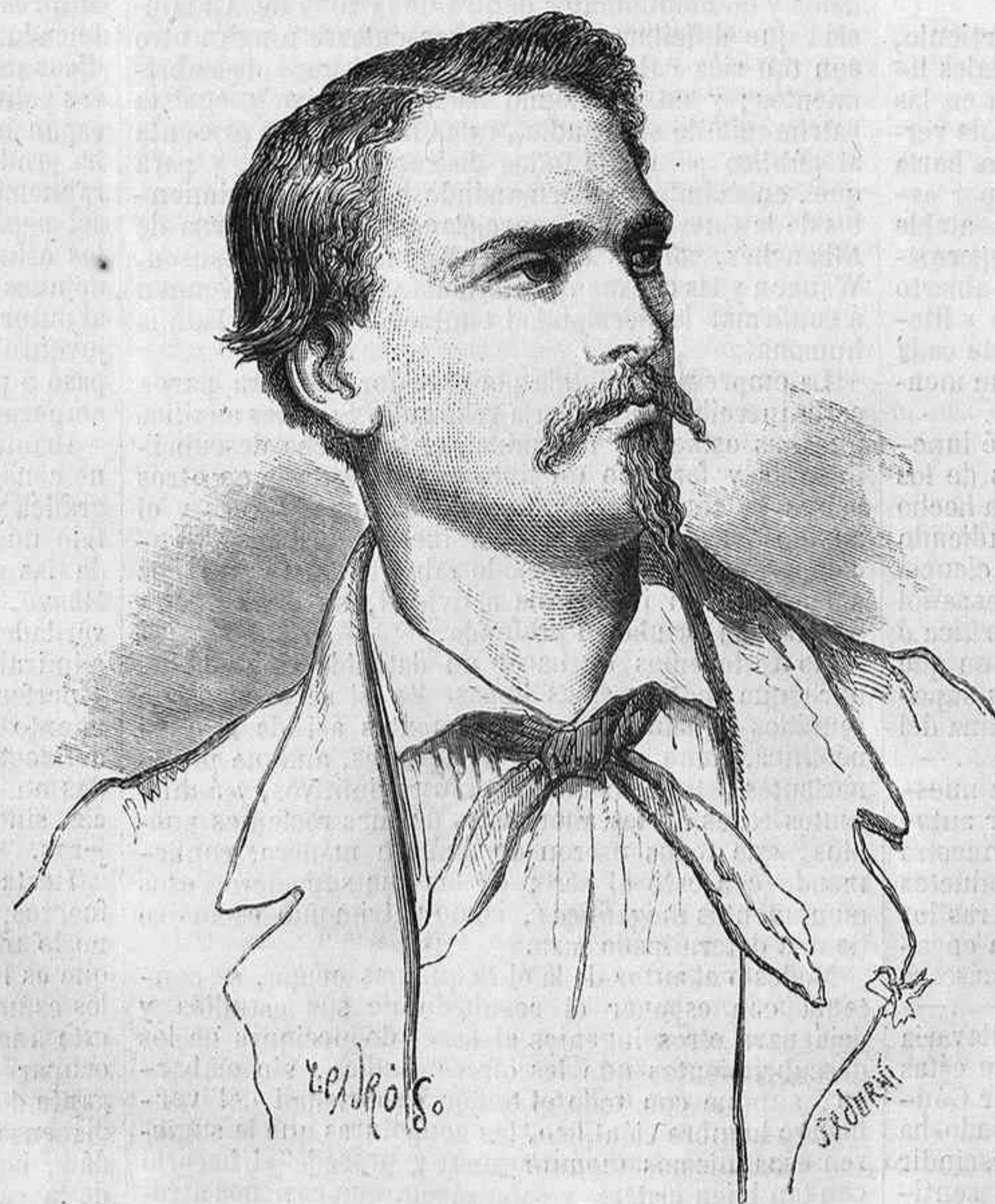
Desde aquel momento fue el jefe reconocido de la escuela provenzal y todos los poetas se agruparon á su lado, comenzando el despertamiento de las letras provenzales que tanto ha llamado la atención en París y del cual tantos críticos se han ocupado.

A.

ARTES VIVAS Y ARTES MUERTAS.

(CONCLUSION.)

La pintura se nos presenta como una de las artes que tiene mas razon de ser. Con el carácter eminentemente positivo de nuestra época, ella debía representar la fielmente, pues da color y forma á todo lo que crea, haciéndonos con sus producciones la ilusión de que vemos realmente y de una manera tangible todo lo que hace.



FEDERICO MISTRAL.

No falta quien objete que las costumbres y trages no son lo suficientemente poéticos para que la pintura pueda estar en apogeo haciendo el siglo, y por lo tanto, dicen que debe concretarse á imitar épocas pasadas.

Esta objecion nos parece digna de aquellas personas que sólo conciben la poesia en el atraso. Para el que conoce únicamente ciertos hechos de los siglos que pasaron, sólo encuentra en ellos belleza de costumbres pagado de la pura exterioridad, pero entrando en detalles y estudiándolos comparando los unos con los otros, y sobre todo con el actual, por cierto que ha de encontrar en ellos mucha prosa.

Para el pintor de genio lo mismo le es un sombrero de copa que un casco griego; de todo saca partido para sus cuadros.

No obstante, al pintor del siglo no puede exigirle que pinte lo puramente contemporáneo, nó, lo que se le pide es que pinte los asuntos de todos tiempos, pero con el criterio actual.

Hoy dia, encontramos la pintura mas perfeccionada que en ninguna otra época; la vemos entendiendo la perspectiva aérea y lineal de un modo matemático; la vemos erudita y arqueológica; la vemos reproduciendo circunstancias de lugar, clima, etc., describiéndonos de una manera asombrosa las pasiones, y por fin se nos presenta de tal manera, que á la par que arte nos parece ciencia.

Podria ser muy grande antiguamente el arte pictórico, pero le faltaba la exactitud geográfica, la perspectiva aérea y á veces la lineal y por fin todo lo concerniente á erudicion histórica y arqueológica. No hay sino observar que todos los pintores antiguos no representaban mas hechos (aparte los de su época) que algunos de la mitología y de la Biblia.

Un género de pintura ha tomado hoy dia gran incremento, y es el paisaje; el cual se ha desarrollado en la época en que se ha comprendido la naturaleza.

Antiguamente, el objeto de los cuadros era, ó lo sobrenatural ó el hombre; hoy dia en que lo sobrenatural desaparece para no volver, y que comprendemos con mas perfeccion lo que nos rodea, el objeto de los cuadros, es ó el hombre, ó todos los demás seres que pueblan el globo.

Así vemos paisajes en los cuales el hombre no figura para nada, y cuadros retratando costumbres de varios animales.

En lo concerniente al retrato, hoy dia se da mas importancia al busto, y se concentra toda la ejecu-

cion en la cabeza, así como antiguamente se daba importancia á todo el cuerpo.

El dibujo en el siglo actual ha tomado un desarrollo extraordinario, gracias á la perfeccion y facilidad de los medios de grabar y á las invenciones de la fotografía y litografía, lo que hace que al igual que la imprenta, de cada original puedan hacerse infinitas reproducciones.

La escultura es el arte del primer grupo que podemos decir que está verdaderamente muerta. Con todo, aun reproduce algunas buenas estatuas: queremos, pues, decir es que no está en su elemento, aunque brille alguno que otro buen escultor. Daremos las razones por qué no la consideramos en su apogeo.

Con el desarrollo inmenso que ha tomado en esta época la inteligencia, el hombre ha cuidado mas de su cabeza que de su cuerpo; de sanguíneo, se ha convertido en nervioso, de robusto en endeble. Hoy dia, la generalidad de los hombres no tienen buenas formas; éstos son sólo una escepcion. El cerebro ha absorbido materia, en detrimento de la musculatura; la inteligencia se ha desarrollado menguando la fuerza bruta; ser sabio y atleta son dos cosas incompatibles, y así es que el hombre de nuestros dias tiene la vida muscular: para andar, tiene el carril, para batirse, armas que arrojan proyectiles á 25 quilómetros de distancia: de aquí, que ejecuta mejor un cálculo matemático que una contraccion muscular.

Siendo el objeto de la escultura el reproducir la belleza de la forma plástica, no existiendo ésta, la escultura ya no tiene razon de ser. Sólo en alguno que otro caso han logrado hacerla vivir algunos escultores, reproduciendo sentimientos en las facciones de sus estatuas, lo que es sacarla de su terreno.

La escultura tenia su elemento en la Grecia, donde el tipo del hombre se consideraba por su bella musculatura, llegando al estremo de matar á los niños que nacian deformes ó débiles, y donde se consideraba á sus dioses, no como tipos de perfeccion moral ó intelectual, sino como modelos de perfeccion física.

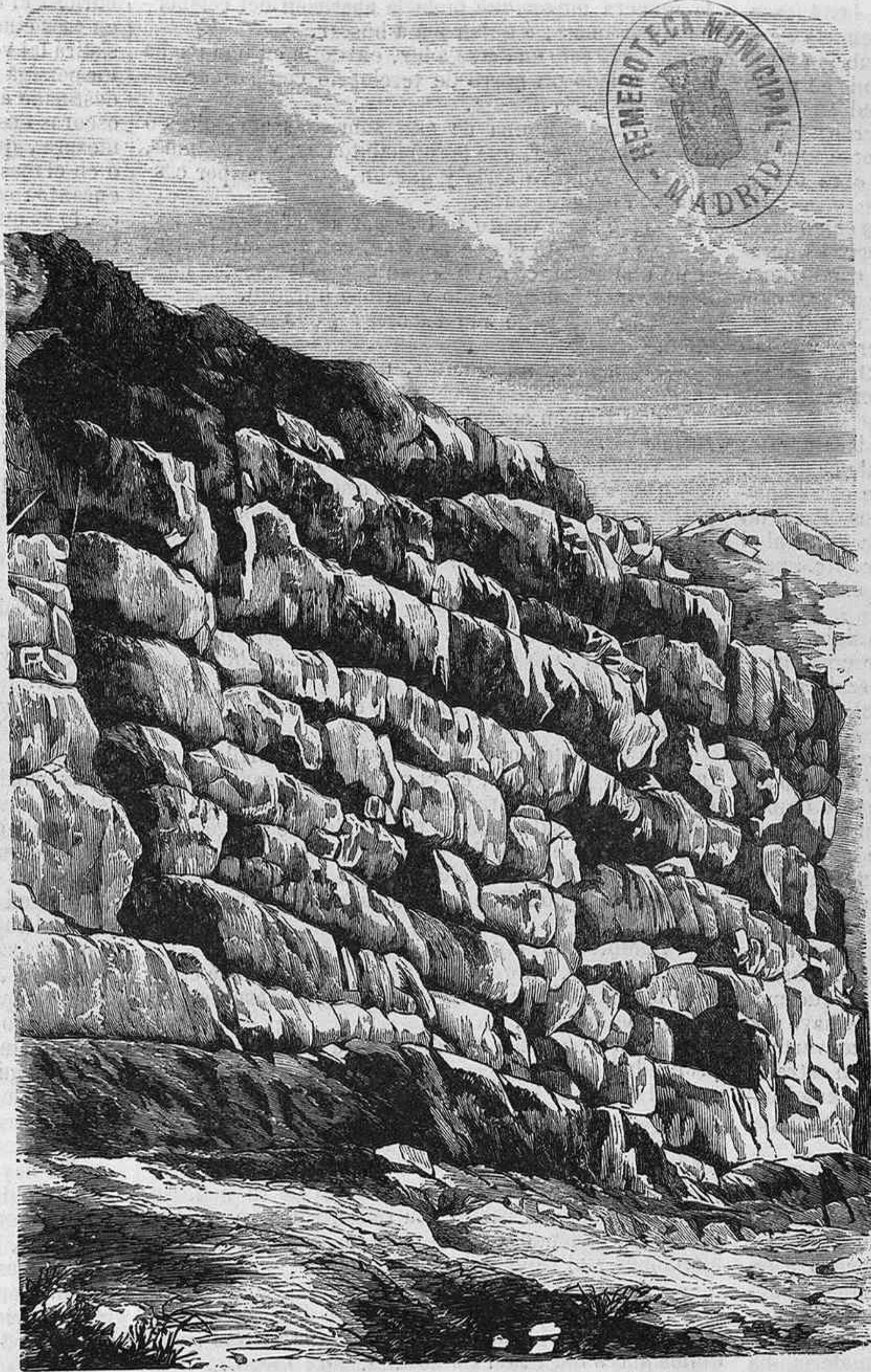
En un pueblo que cifraba sus glorias en las luchas del circo y que tenia por Dioses á Júpiter y á Vénus, en este pueblo, la escultura debia ser el arte que mejor espresara sus sentimientos, y el que mas floreciera.

Pasando á las artes que espresan por medio de relaciones matemáticas, encontramos á la arquitectura.

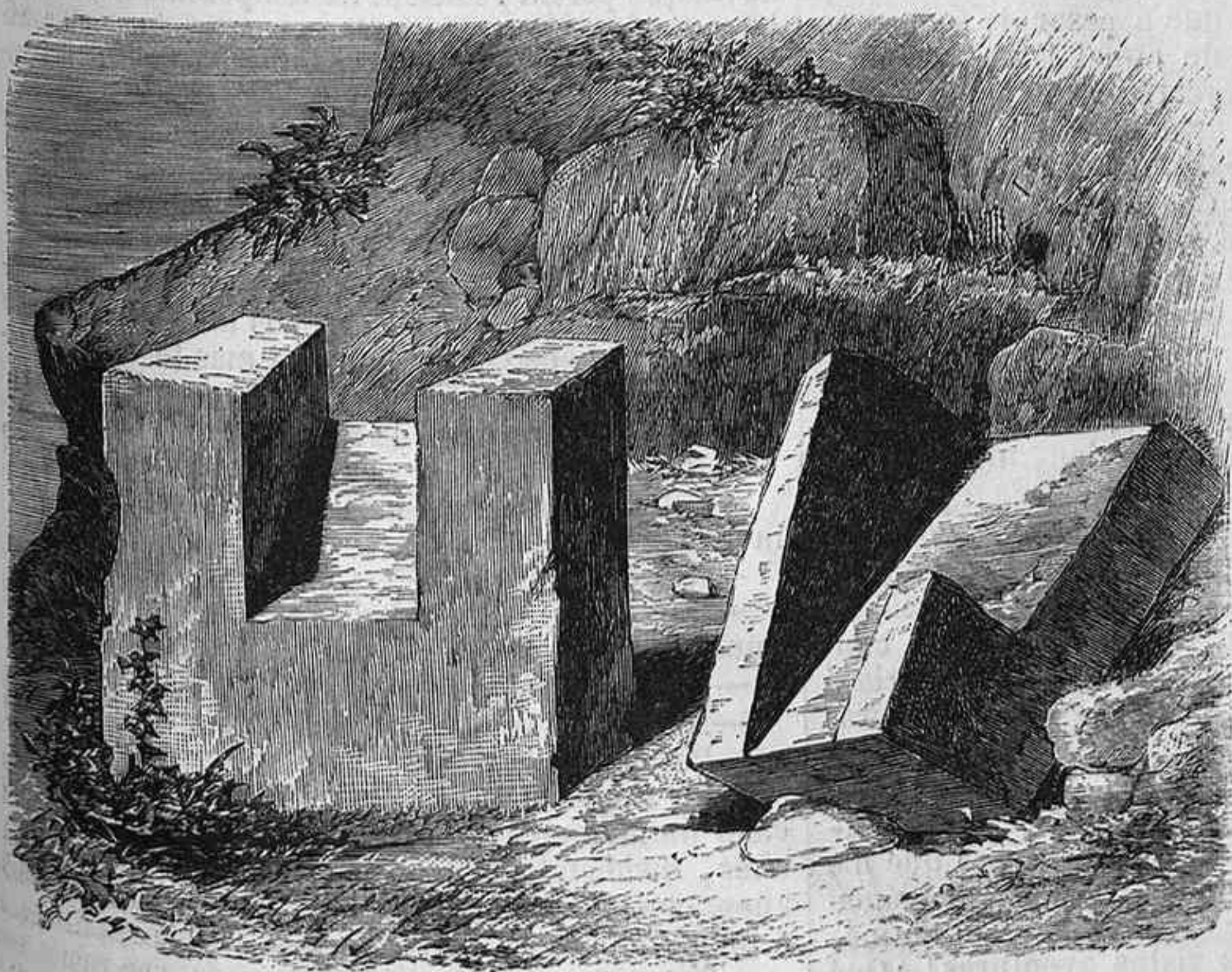
Ved ahí otra arte muerta.

La *Esmeralda* tiene un pasaje en el cual Claudio Frollo presenta su libro recién impreso á Luis XI, abre una ventana, le señala la catedral y le dice mirando al libro y en seguida al edificio; *esto matará á aquello*.

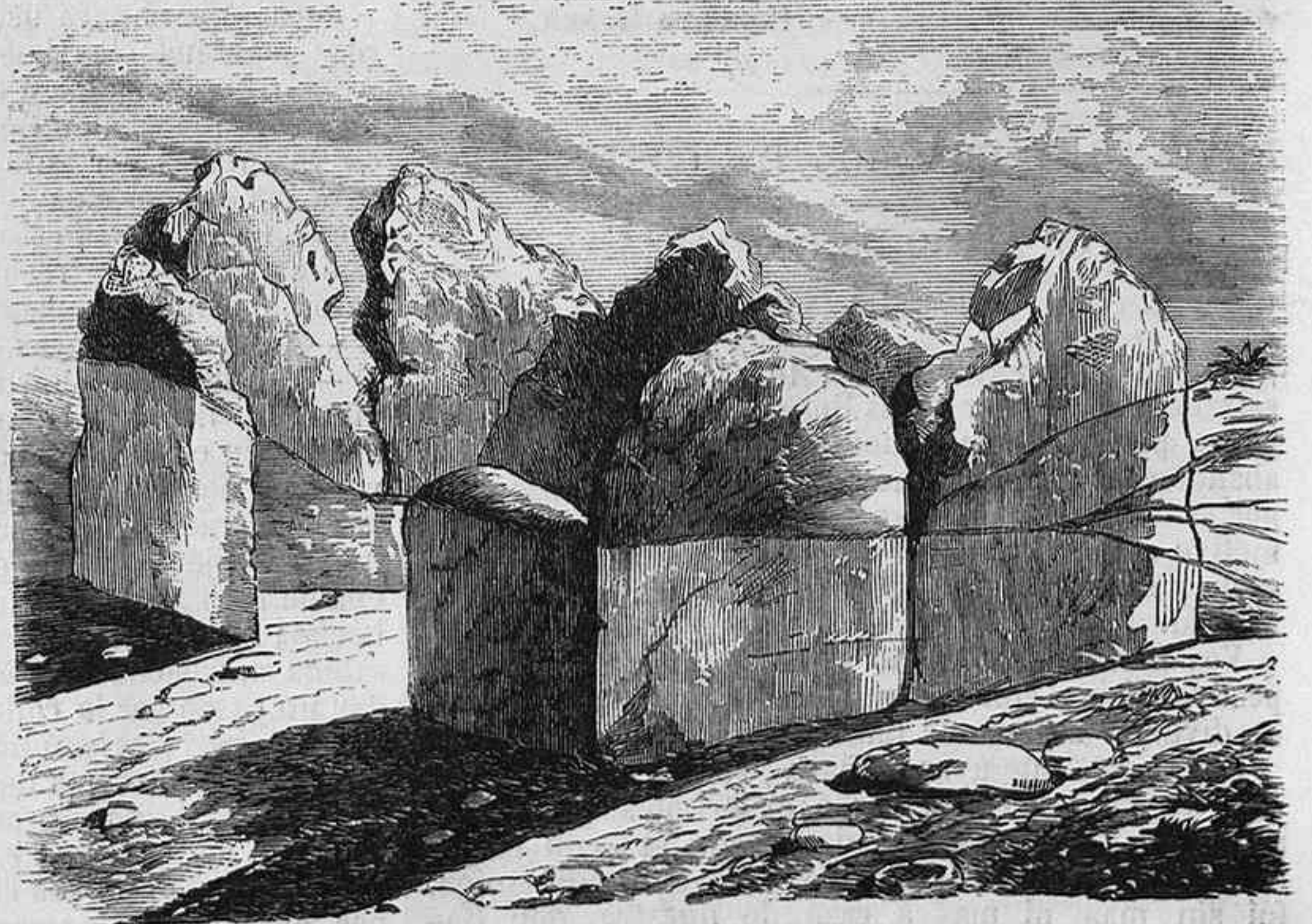
Las palabras de Victor Hugo son una verdad. En-



CASTILLO DE IBROS.—(DE FOTOGRAFIA)



PIEDRAS LABRADAS NO LEJOS DEL CORTIJO DEL CASTILLON.



DOLMEN DE LOS ERIALES.

contramos arquitectura propia en todas las épocas, hasta en las más bárbaras, pero á la invención de la imprenta cesa para volverse una reproducción de la antigua; tal es la del Renacimiento. Estando en mano del hombre reproducir con tanta facilidad sus ideas en un libro, no gasta toda su vida para grabarlas en piedra. Además, del libro pueden hacerse muchos ejemplares y estos se desparraman. La obra arquitectónica es una y está quieta.

Hoy día la arquitectura, si vive ya no es como arte, es como ciencia. Sí, la arquitectura moderna es puramente científica y utilitaria. Estudia las condiciones higiénicas que el hombre necesita para vivir, y le construye moradas á propósito. Mira las condiciones que necesita una industria para establecerse, y le levanta un edificio. Así es, que la arquitectura del siglo es la de fábricas y palacios de esposición; es decir, cristal y hierro.

Nuestros arquitectos, cuando quieren levantar un monumento no pueden inventar ningún sistema nuevo, han de contentarse con reproducir los de otras épocas y aplicarlas á las condiciones actuales. Para un convento, acudirán al bizantino, para una catedral al gótico, para un palacio al griego, al árabe, etc., pero arquitectura del siglo XIX, imposible, no existe.

La música es el arte genuino de nuestro siglo. Hacia más de cien años que estaba incubándose en Italia—desde la decadencia de la pintura—y empezaba á germinar en Alemania después de haber salido de sus cantos y baladas populares, cuando la Revolución Francesa, derribándolo todo, construyó los cimientos de una sociedad nueva después de haber barrido los escombros de la antigua. Desde este momento empieza á desarrollarse este grande arte. Después de cada una de estas inmensas conmociones que cambian el aspecto é ideas de la humanidad engendrando un nuevo orden de cosas, aparece siempre el arte bajo una nueva forma. Después de las irrupciones de los bárbaros, aparecieron las catedrales, después del Renacimiento vino la pintura, detrás del 93 la música.

En la grave y científica Alemania, lo mismo que en la joven Italia, es la expresión del sentimiento nuevo que nace para difundirse por todo el orbe y convertirse en el arte universal. Nada de extraño tiene su extrema difusión, pues expresa perfectamente las inconmensurables aspiraciones é indeterminados deseos del hombre actual.

Por eso decimos, que es el arte que tiene más razón de ser en nuestro siglo. La arquitectura era inmóvil, expresaba sólo por medio de dimensiones; la música es activa, pues expresa por medio de movimientos. Ved ahí cómo el arte y la ciencia han llegado á un mismo punto simultáneamente y por diversos caminos. La ciencia ha descubierto que todos los fenómenos no eran más que movimientos de los cuerpos; todos los fluidos son ondulaciones de la materia, ha dicho; la luz, el calor, la electricidad, etc., todo es vibraciones, todo movimiento; no son cuerpos, sino modos de ser de los cuerpos; y el músico, haciendo vibrar los cuerpos sonoros, ha producido sonidos con los cuales ha conmovido las inteligencias y los corazones. El sabio de ahora estudia las leyes del movimiento, el artista nos produce estos movimientos—sin saber las leyes que los rigen—pero los produce—asi es, que el siglo actual, más que el siglo de las luces, debería llamarse el siglo del movimiento; la luz no es más que un caso particular de éste.

Con todo lo dicho creemos haber demostrado el axioma de Hegel que sirve de epígrafe á este artículo, procurando hacer ver bajo qué formas el arte se nos presenta en la actualidad.

POMPEYO GENER.

NOVELAS Y CUADROS DE COSTUMBRES.

UN ABUSO DE CONFIANZA.

I.

Sin duda, querido Félix, te causará no pequeña extrañeza el recibir estas líneas, fechadas en Cartagena, pues ni remotamente sospecharías que había abandonado las márgenes del inofensivo Manzanares por la orilla del hermoso Mediterráneo, sin causa ni motivo alguno, al parecer, y me creerías muy tranquilo y sosegado, haciendo nuestra vida ordinaria de Madrid.

Voy á contarte el cómo y el por qué de mi intempestivo viaje, con la condición de que me prometas no divulgar secreto de tanta importancia.

Es el caso, que ayer mañana, sin ir más lejos, por uno de esos arrechuchos ó exabruptos que suelen acometer de vez en cuando y cada vez con mayor frecuencia á este tu azaroso y malaventurado amigo, fui sin más ni más á casa de nuestro don Ramon, y haciéndome anunciar por una robusta maritornes, me instalé cómodamente en una confortable butaca de la sala, á que fui introducido, esperando de

la manera mejor que pude la aparición del celebrísimo personaje, á quien iba á buscar.

No tardó éste en darse á luz, envuelto en una ancha bata y calado un gorro de terciopelo con su correspondiente borla dorada.

Saludóme con una de esas sonrisitas agrídulces ó de medio carácter, que le son habituales, y en seguida, con el tono entre serio y guason, que tiene por costumbre, me preguntó:

—¿Qué buen viento te trae por aquí?

—No es viento el que me trae, don Ramon, le dije, si no una avalancha, un simoun, una tempestad deshecha, un desencadenado y furioso huracán.

—Hombre, ¿qué me cuentas? ¿Con que un simoun?

—Sí, señor, un simoun, un huracán, un cataclismo.

Y don Ramon aproximó su silla á la mía con cierta curiosidad.

—Vengo á despedirme de usted, continué diciendo.

—¡Vaya una salida! Me habías asustado con tu tempestuoso exordio, y luego salimos con que todo ello es una despedida.

—Es que además de despedirme, vengo á hacer á usted un encargo.

—Ya sabes que mi sistema en todo es el orden y el método. Con que vamos por partes. Explícame, en primer lugar, eso que me has dicho del simoun y del huracán.

—Don Ramon, estoy al borde del abismo.

—Sí, ¡eh!

—Lo que usted oye. Me encuentro á la orilla de un insondable precipicio, en el que un leve soplo puede precipitarme, mientras una mano amiga que se me tienda, puede salvarme de tan inminente riesgo.

—Pues por eso no ha de quedar; si es sólo cuestión de darte la mano, ahí tienes la mía.

—Gracias, don Ramon; no esperaba yo menos de usted.

—Hombre, no hay de qué.

—El abismo, en que estoy en grave peligro de caer, es la misantropía, el tédio de la vida, el desprecio de la especie humana, la...

—¿Vas á hacerme un discurso á lo Byron ó Espronceda?

—El esplín se ha apoderado de mí, todo me cansa, todo me hastia; el aburrimiento que me domina, ha acabado por convertirse en una verdadera enfermedad.

—Sé perfectamente cuál es la causa de tu mal. No me extraña que el hastío y la misantropía se apoderen de tí, viviendo como vives solo, aislado, sin las afecciones y el calor de la familia.

—Y teniendo treinta años.

—Es verdad; en los primeros años de la juventud, el placer y el entusiasmo pueden sustituir á los tranquilos goces del hogar doméstico, pero luego...

—Luego sucede lo que me pasa á mí.

—En tu mano tienes el remedio. Cásate.

—Ha dado usted en el *quid*. El viento que me trae, el simoun que me impele, el huracán que hácia usted me arrastra, es el viento del matrimonio.

—Me alegro de que al fin quieras entrar en el buen camino.

—El remedio es heroico, y no sé si será peor que la enfermedad. Lo cierto es que deseo experimentarle.

—Nada más fácil: el casarse es lo más sencillo del mundo.

—Perdone usted, don Ramon, pero no es cosa tan fácil como usted supone.

—¡Si querrás convencerme de que el contraer matrimonio es una obra de romanos!

—No lo será para usted, que á pesar de ser soltero, siguiendo las huellas de aquel famoso capitán Araña, que obligaba á embarcarse á todo el mundo y luego se quedaba en tierra, está acostumbrado á zurrir voluntades por ante la Santa Madre Iglesia. Pero para los que no estamos en el secreto é ignoramos el arte de casarse y de casar al prójimo, le digo á usted que es trabajo morrocotudo, que ni los de Hércules, Jason y demás compañeros de glorias y fatigas...

—Aprensiones tuyas.

—Juzgue usted mismo, don Ramon. Hace cinco años, al llegar á la mayor edad, viéndome solo y aislado en el mundo, con una posición, modesta, es verdad, pero independiente y desahogada, y siendo por mi carácter poco aficionado á aventuras y conquistas, me dije: «Chico, es preciso buscar una muchacha de bien y pasar con ella por el aro.» Y dicho, y hecho; me puse á buscar sin punto de reposo la con-sabida muchacha de bien, con ánimos de llevarla á dar un paseo por la calle de la Pasa. Ni las aventuras de *Persiles* y *Segismunda* del sublime manco, ni los viajes extraordinarios de Julio Verne, ni los lances de *Por seguir á una mujer*, pueden ponerse en parangón con los extraños y nunca vistos sucesos que me han acontecido en los cinco años que, nuevo Diógenes, aunque sin linterna, he estado buscando mi media naranja. ¡Cuántas nunca vistas aventuras! ¡Qué de cómicos y risibles lances! ¡Cuántas idas y venidas! ¡Qué de vueltas y revueltas! Sería un libro en extremo

curioso el que refiriese todo lo que me ha sucedido en esos cinco años. Pues bien, será torpeza mía, como persiga alguna estrella enemiga, ó haya nacido pre-oscuros designios me reserve alguna encantada her-mosura, que espera aun, escondida en algún pueblo ó en el más oculto rincón de su casa, la hora del desencanto: será, en fin, lo que usted quiera, pero lo trar lo que buscaba.

—Hombre, nunca hubiera podido imaginar...

—Fatigado de tantas inútiles pesquisas, de tanto ir y venir en vano, acudo á usted como mi última esperanza, como el único á quien es dado salvarme; en sus manos de usted me encomiendo, á su amparo me acojo y en su protección confío.

—¿Con que el encargo, que tenias que hacerme?...

—Es ni más ni menos, el que me case usted.

—Pero es tarde y dejo la continuación para mañana.

II.

Absorto quedó don Ramon, querido Félix, según ayer te iba refiriendo, con el extraño encargo que le encomendaba de sopetón y á boca de jarro.

—Ya sabes, me dijo, que he arreglado algunos matrimonios y que no tengo mala mano para ello: pero te diré...

—No diga usted nada, don Ramon, repuse, yo se lo suplico: Va usted á endilgarme sin más ni más toda una letanía (y no vaya usted á buscar intención oculta á mis palabras) de muchachas en disponibilidad; va usted á enumerar las prendas así de hermosura como de virtud, que á cada una de ellas adornan, y las más positivas que á la dote se refieren y que en más estima que las primeras nuestro siglo materialista. No se tome usted tan inútil trabajo. Si me diera usted á escoger, á todas encontraría algún *pero* entre sus muchas perfecciones. Por ser yo quien tenía que hacer la elección, continuó soltero después de cinco años de mal empleadas fatigas.

—Te veo venir. ¿Quiéres que yo escoja por tí?

—Justamente.

—Peliaguda es la comisión que á mi cargo pones. Pero no superior al gran criterio, ni á los medios de hacer una elección acertada, con que usted cuenta.

—Gracias, amado pueblo.

—No hay de qué. Sin detenerme á enumerar su claro talento de usted, su ciencia é ilustración, su profundo conocimiento del corazón humano...

—Anda, hijo, anda; despáchate á tu gusto, que á todo calla este pacientísimo cordero.

—Sin contar tampoco, y no es llamarle viejo, la gran experiencia que sus años le han proporcionado, reúne usted la preciosa circunstancia de conocer casi todas las familias de regular posición de Madrid, teniendo además numerosas relaciones en todas las provincias. Nadie mejor que usted podría en España poner una agencia matrimonial, si su generosidad nunca desmentida no le impeliese á hacer *gratis et amore* lo que Foy y otros hacen por cuanto vos contribuísteis. Usted conoce al dedillo todas ó la mayor parte de las muchachas casaderas de Madrid y gran número de las de provincias; usted las ha visto jugar á las muñecas y al corro, ha observado el carácter y temperamento de cada una, sabe la cantidad que aportarán en dote cuando se casen, y otros detalles más ó menos importantes. Nadie se encuentra, por tanto, en condiciones mejores ni iguales siquiera á las de usted para resolver el siguiente problema: Dado un novio de la figura F, del temperamento T, y del capital C, hallar una novia que por su posición, su temperamento, su carácter, su educación y su belleza se encuentre en condiciones de hacer verosíblemente la felicidad del primero.

—¿Quiéres que despeje la incógnita?

—Justo. Conoce usted perfectamente mi edad, educación, temperamento, aficiones y capital. Despeje usted la X.

—El caso es que, aunque aceptase tan espinoso encargo, sería preciso que al menos me hicieras algunas indicaciones acerca del tipo que más te gusta respecto á mujeres.

—Tiene usted razón de sobra.

—Pues vamos á ver. ¿Te la elijo rubia, ó morena?

—Rubia. Para mí no existen las morenas; las tengo invencible antipatía.

—¿Gruesa ó delgada?

—Delgada, de talle esbelto; pero no un armazon de huesos.

—¿De buen color, ó pálida?

—Mas bien con un tinte pálido.

—Pasemos á la edad.

—Ya sabe usted que los inteligentes dicen que la edad de la mujer debe ser la del hombre, mas diez años, dividiendo el total por dos. Yo tengo treinta años, con que mi futura deberá tener veinte poco más ó menos.

—Y ¿en cuanto á posición?

—No la quiero rica, pero tampoco la quiero sin nada. Muy rica, podría creerse que me casaba con ella

Por el interés: enteramente pobre, podría yo sospechar que ella me había aceptado con miras interesadas.
—No me parece mal el razonamiento.
—Ya sabe usted aquello de si uno lleva para comer que el otro lleve para cenar, aunque no se cene.
—Por supuesto, no hablemos ni de educación, ni de condiciones morales y religiosas. Desde luego no te iría á buscar una muchacha mal educada ó que por sí misma ó por su familia presentase malos antecedentes en su conducta.
—Tal creía y por eso no hablaba de esas condiciones.

—Pues descuida, hijo; desde hoy me pongo con mis cinco sentidos á buscar lo que necesitas, y en cuanto crea haberlo encontrado, te lo participaré.
(Se continuará.)

ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.

ALBUM POETICO.

Ya que EL MUSEO de hoy publica algunos apuntes biográficos acerca de Federico Mistral, jefe de los fedeleros de Provenza que, como saben nuestros lectores, fue uno de los que vinieron á los juegos florales de Barcelona, parécenos oportuno mencionar tambien aquí á otro poeta, igualmente extranjero, y que como aquel acudió á la galante invitación de los escritores catalanes. Aludimos á William Carlos Bonaparte Wyse, al autor de *Li parpaïoun blu* (Las mariposas azules), precioso libro de poesías compuestas en inglés y en provenzal, idioma extraño este último para él, y como vemos en el prólogo de Mistral que va al frente de las mismas, nació en Waterford (Irlanda), desir Thomas Wyse, embajador en Grecia por la reina Victoria, y de la princesa Leticia Bonaparte, hija del príncipe Luciano. Y es muy de notar esta circunstancia, porque *Li parpaïoun blu* revelan un conocimiento profundo y un gran dominio del provenzal. La mayor parte de las composiciones que contiene el libro á que nos referimos se distinguen, segun sus géneros respectivos, por la nobleza y la varonil elevación de ideas, ó por lo delicado del sentimiento, á los que se une una gracia encantadora de la expresión. Hay en este volumen poesías elegiacas, filosóficas y anacreónticas, todas ellas hechas segun el sentido moderno, de una pureza que recuerda los buenos modelos griegos. A continuación insertamos la traducción de una anacreóntica que, tanto por sus breves dimensiones, cuanto por las menores dificultades que al objeto nos ofrecia, hemos escogido, quedándonos, aun así, el sentimiento de no haber logrado trasladarla como se merece á nuestro idioma, pero satisfechos si hemos conseguido dar una idea, siquiera débil, de la belleza del original.

LAS DOS MARIPOSAS BLANCAS.

La tempestad cual humo
que á un soplo se disipa,
deshecha ya alejándose
y el sol su luz vertía,
cuando desamarrada
mi barca de la orilla,
bogué por la ribera
ébrio de amor y dicha,
dulcemente aspirando
sus perfumadas brisas,
y en contemplar á Elena
el alma embebecida.

El agua mansamente
nuestros remos batian,
las alas imitando
de un ave que se agita.
Cual lluvia de diamantes
rodaban desprendidas
mil y gotas de ellos;
las cigarras se oían;
en torno de mi Elena
saltaban olas rizas,
y nunca en tierra y cielo
se vió mas alegría.

En las frondosas márgenes
unos tras otros iban
magníficos palacios
su frente alzando altiva,
con doradas alcobas
que al resplandor del día
placeres revelaban
y misteriosas citas;
y en el río mirábase
la arboleda florida,
como el alma en los ojos
de la adorada mia.

Muy cerca despues vimos
volar de la barquilla
blancas como la nieve
dos mariposas lindas,
que dulce impulso atrae
de mútua simpatía.

Mi amada Elena, entonces,
—¡Oh, qué bien simbolizan
nuestros amores!» dijo:
y yo:—«Mas no permita
el cielo que cual ellas
¡ay! vuele nuestra dicha!»

VENTURA RUIZ AGUILERA.

VIAJEROS INGLESES

EN ESPAÑA.

(CONTINUACION.)

¡Oh profundo duque y penetrante mister Ford, y cuán á la inglesa quereis escamotear cualidades que nos sobran, para que no se noten las sobras que os faltan! Id á Inglaterra sin poner dinero en vuestra bolsa, y os vereis morir de hambre en plena luz del día, en medio de la plaza pública y á vista del lujo mas insultante. Id á Inglaterra con las mejores cartas de recomendación para todos los banqueros de Lóndres, y olvidaos de que os abran crédito, y vereis las atenciones que recibís y los servicios de que sereis deudores á aquella raza metalizada que tiene el billete de banco pintado en la fisonomía. Id al templo sin dinero, y no os reconocerán como hijos de Dios, ó tendreis que rogar de pie entre *cristianos de tercera clase*. Y luego esperad á que os pidan dinero por todo y para todo: dinero por los criados, dinero por los escudos, dinero por los perros, dinero por el aire que respirais y la poca luz que os alumbra (1), dinero por todo, hasta por la prenda mas estimable é inapreciable de la mujer, porque cada día están apareciendo en los tribunales doncellas pertenecientes á todas las clases de la sociedad, que despues de dar al público, la vergonzosa y secreta historia de sus amores, tasan las libertades de sus amantes y el daño de sus propias flaquezas, y salen del juzgado indemnizadas y satisfechas con su bolso, diciendo: *Todo se ha perdido, menos.... el dinero*.

Pero véase cuán á derechas tiene este buen autor las entendederas. El ejemplo que cita del ventero, que aconsejó á Don Quijote se proviese de dinero, prueba todo lo contrario de lo que quiere probar, porque si el héroe principal es el que representa al pueblo español, y no el ventero, el ir sin dinero Don Quijote demuestra, que lo que menos falta hace en España, es el *dinero*, con perdón del duque. Sin blanca cenó y alojó el hidalgo en la venta, y se salió libre y sin costas con gentil compás de pies. Ayúdenos á sentir lo que hubiera sido á ser inglés el ventero. Quizás no para hasta dar con él en una cárcel.

Hagamos *tirte-afuera* de este asunto, para entrar en otros de no menor gusto y pasatiempo, no sin devolver antes al *manualero*, la pulla que nos suelta, diciendo que aunque nada queremos con los *protestantes*, el dinero inglés nos parece *muy católico*. No sabemos que el oro católico tenga á sus ojos nada de papista, fanático ó supersticioso. Y no sólo el oro, sino la tierra oriental que lo cria en sus entrañas. Creemos que con todo nuestro *orientalismo*, Gibraltar les parece *muy europeo*, y las peluconas que sacan del contrabando en esta *tierra hambrienta de los ignorantes*, les alegran las pajarillas, y les hace buena digestion. El demonio es el interés.

Y ya que hablo de digestion, aquí entra el doctor Sangredo, ó mejor dicho, sale al teatro de las obras de mister Ford, en donde hace gran papel este personaje, porque Sangredo y el agua caliente, son en sus libros lo que el campanario y el molino en los preciosos cuentos de Trueba. Y ¿á qué viene el señor Sangredo? Donosa pregunta: á que este doctor es el representante y la sangría y el agua caliente, el *alpha* y el *omega* de la medicina española. El doctor español, se dice en este *Hispano-mattix*, como en són de zumba, «deja obrar á la naturaleza.» Y ¿qué mejor apología de la sensatez y discreción de un Galeno? Seguro que habrá en Inglaterra, á cada hora del día, infinidad de pacientes que digan como Rabelais, á los de la consulta: «Señores, dejadme morir de muerte natural.» En España, dice este delicioso *cicerone*, las droguerías son tan raras como las librerías. Podrá ser. Ciertamente que no tenemos tampoco muchos *Holloways*, ni pretendamos curar todas las enfermedades humanas con migajas de pan y *acqua destillata*, ni quiera Dios que se nos antoje comerciar con la pobre humanidad doliente. Ya se ve, mister Ford está acostumbrado á que cada médico, doctor, ó cirujano, ó comadron, ó quitaparches, tenga dentro de su casa un botiquin, y difícilmente hallará en ningun país tal nublado de droguerías. Es un consuelo para el doliente en Inglaterra, ver que tras la primera visita de su médico, viene una granizada de frascos, botes y alcuza, todos llenos de un líquido, *color de rosa*, para que alegre la vista, he-

(1) Proverbial es en Inglaterra el dicho de uno de sus ingenios, que oyendo celebrar á una señora la belleza del clima de un pueblo de Deboushire, donde fué por motivos de salud, le respondió:—«Calle usted, señora, y que no le oigan, no vayan á echarnos una contribucion sobre el clima.»

chos *ad hoc* en su propia oficina, á ojo de buen cubero, y por los cuales cobra á razon de mil por ciento. ¿Cómo ha de dejar obrar á la naturaleza el doctor inglés, teniendo que dar salida á los géneros de drogas de su almacén? Basta que un individuo esté un día enfermo, siquiera sea de constipado, para que no haya en su casa mesa, rinconera, chimenea, rincón, alhacena, estante, escribanía, velador, despen sa, ni escondrijo que el doctor no se encargue de cuajar de jarros, botellas, orzas, morterillos, puchetes y toda clase de continentes, todo por pura solitud y *desinteresado* anhelo de la salud del enfermo. Mandar agua caliente, que la hay de valde, ó una sangría, que hace un barbero por dos reales, no tendría cuenta al doctor inglés, suponiendo que hubiera en sus paisanos sangre susceptible de inflamarse. Si el enfermo sucumbe en Inglaterra, ya dirá mister Ford, como Mr. Desfontaudré: «*que muere segun las reglas*,» y puede irse con el consuelo de que hay tantas droguerías como librerías. Nosotros, pobres africanos, con nuestros Sangredos tan elementales, que sólo se acordaban del agua caliente y alargaban la mano para tomar una peseta, dejamos obrar á la imbecil naturaleza, y no conocemos la delicia de esos *Quack-Doctors*, que tanto hormiguean en su país: hombres que hacen á un rico incauto la roncha de diez ó veinte mil duros de una sentada, por dejarles lo mismo ó peor que estaban, pero en cambio, con un regimiento de frascos y botes *de color de rosa* en su aposento. ¿Qué diablos pondrán en ellos? Averíguelo Vargas.

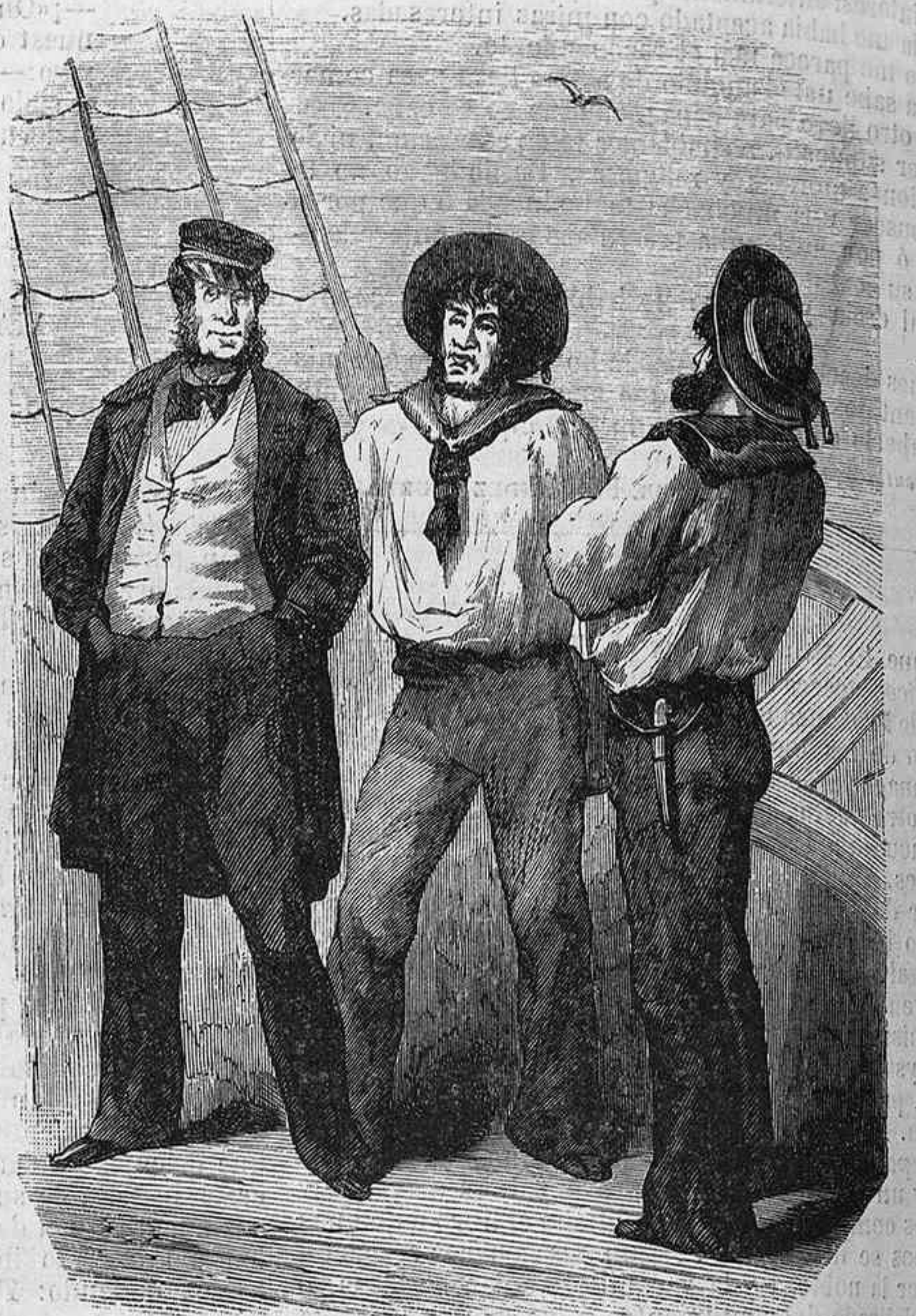
Crean los lectores que, por nuestra parte, á no haberlo visto en letra de molde repetidas veces, nunca podríamos figurarnos que se dijera como pulla contra el profesorado español, «*que deja obrar á la naturaleza*,» como si la ciencia estuviese tan de enhorabuena y no pudiese reclamar el privilegio de haber refrendado el pasaporte para la eternidad á la mayoría del género humano.—«Aquí tenemos tales y tales síntomas, decía el médico Velazquez á sus discípulos en la universidad de Sevilla: ¿qué enfermedad es esta? Dada la contestación, preguntó á uno aficionado á drogas, como mister Ford, qué plan curativo adoptaría.—Señor, respondió, yo le propinaría esto, y aquello, y lo de mas allá, y aquí fué especificando medicamentos, sin olvidar un cáustico que cogiese al enfermo desde la nuca hasta la punta del espinazo.—Alto, interrumpió el profesor, mas vale que lo mate Dios que no la medicina.»

Pero vamos al terreno de los hechos. No ha mucho que se juntaron sabios profesores ingleses á la cabecera del duque de Montpensier, enfermo de gravedad en Lóndres. No ponemos en duda la ciencia de sus Fergussons y Partridges, pero con todo su saber iban dando buena cuenta del ilustre enfermo, y Dios sabe en qué pararía si no llega el buen Sangredo español, y ordena su sangría salvadora que restituyó la salud al paciente. ¿Quién nos asegura, que al ver el acierto de nuestro experimentado compatriota Serrano, no dijese que lo había salvado contra las reglas?

Y sigue la materia médica y la sangría y el agua caliente. A nosotros no nos daría gusto que el autor del Manual cogiese un tabardillo en los meses de verano en Andalucía, ó una pulmonía en Madrid cuando sopla en el invierno el Guadarrama, ni unas calenturas pútridas de esas tan frecuentes en tierras del Mediodía de España en ciertas épocas del año. Nada menos que eso, pues uno de los consejos cristianos es desear bien á todos, y pedir por los que nos calumnian; pero si tal le ocurriese, no habia de imitar á aquel compatriota suyo, que enfermo de una insolación en Sevilla, quiso curarse con rom de Jamaica, y fué á dormir la mona al Campo santo. De creer es que llamara á voces al calumniado doctor Sangredo, y pidiera la lanceta de Figaro, convenciéndose de que mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena.

Otra de las cosas que censura el *manualista* y le sirve de tema para sus gracias, es el uso del ajo, alcanfor del pobre, y tónico saludable para el sóbrio trabajador en España, particularmente en las partes del Mediodía. Como no consideramos juez competente en materia *coquinaria* al pueblo de cien religiones y una sóla salsa, ni han paladeado nunca los ingleses las delicias de tanta invención sabrosa en que entra el ajo como parte esencial, sin que el mismo Brillat-Savarin pueda oponerles objeción alguna, y como, en fin, entre el ajo y la mostaza con que ellos embaduran sus manjares, todo es cuestion de gusto, le dejamos que al suyo se despache. Pero, Mr. Ford, no hay que salirse del tiesto para divertir á sus compatriotas, ni sacar las cosas de su quicio. Dice su merced en su obra intitulada, «*Gatterings ou Spain* (1).» «Si vais á

(1) Además de la Guia, escribió este señor, la obra que citamos y otros artículos sobre los Toros, la Nobleza, etc. Hablando de la casa del excelentísimo señor duque de Osuna, dice que el nombre de Giron, viene de *Geryon*.... *Risum teneatis!* ¿Es posible que á tal cazador se le escapen así las liebres? ¡Con que *Geiron* ó *Geryon*, aquel personaje fabuloso de los tres cuerpos unidos por la region del vientre, aquel monarca pastor, de cuatro alas, que apacentaba bueyes rojos, ya en Epiro, ya en Iberia, ya en la isla de Eritia, que en esto no están conformes los autores, es el jefe y cabeza de la casa de los Tellez-Giron! ¡Oh erudición encantadora! ¡Oh manía de buscar origen á todo lo español en fantasías orientales, griegas ó latinas! ¿No tenía usted noticia de la famosa batalla de las Navas de Tolosa, dada



GRABADOS DE LOS HIJOS DEL CAPITAN GRANT, EN LA AMÉRICA DEL SUR.

los teatros, no podreis resistir el olor á ajos que sube del patio.»

Achica, compadre, y llevareis la galga. Aquí viene bien lo de Don Quijote á Sancho, cuando decia éste, que la señora Dulcinea olía á trasudada y á hombruno. Este caballero debió de olerse á sí mismo ó acordarse del olor de sus patios, ó hablar de algun teatro como el de las figurillas de Ginés de Pasamonte, donde tendria á su lado alguna Maritornes. Si él dijera que en sus patios, donde la mitad es paraíso ó ignominia, se destapan botellas de aguardiente y se beben durante la representacion hasta el punto de tener que sacar la policía casi insensibles á los devotos de Baco, todo el mundo lo creeria. No estrañen los lectores esta equivocacion de Mr. Ford, porque mayores las han cometido otros viajeros compatriotas suyos. Describiendo uno el estanque del Retiro de Madrid, dice, que, como los españoles son tan supersticiosos y fanáticos, han puesto *cuatro capillas* en sus cuatro ángulos. Ahora bien: estas cuatro capillas no serán muy católicas, cuando en su recinto hay por altar una nória y una mula que la hace andar, surtiendo de agua al susodicho estanque. ¿Qué os parece, lectores? ¡Y luego se espantan de que á Don Quijote le pareciesen gigantes los molinos de viento, y la bacía de afeitar el yelmo de Mambrino! No sé como el tal autor no dijo que la casa de fieras era un monasterio, y los lobos frailes; ó que la casa chinesca era un campanario, y los guardas, anacoretas. El papel aguanta todo le que se le echa encima, y los españoles son gente muy sufrida. Al fin, este viajero fue discreto: se asomó por la calle de las estatuas, vió los cobertizos de las norias, y dijo: capillas son; pero otros hay que ni aun se toman el trabajo de ver lo que critican, como aquel escritor que no queria leer las obras que criticaba, para no tener ideas *pre-concebidas*, y con todo describen y cuentan lo que llaman *cosas de España*. Temiendo estamos que se han de hacer famosas las *cosas de los ingleses*.

Pero sigamos. Siempre se ha de ver antes la paja en el ojo ajeno que la viga de lagar en el propio. Mister Ford *aha visto*, que las señoras en los teatros de Madrid comen bellotas.» Mucho ver es, sobre todo en una poblacion donde habia de sudar el hopo para encontrar siquiera una sarta que regalar á alguna du-

por el rey Alfonso VIII contra los sarracenos, en la que discurriendo el monarca por el campo dando ejemplo de valor, se vió rodeado de moros, sin caballo y espuesto á perder la vida; y cómo en aquel momento crítico apareció un caballero español, con visera calada, le protegió contra los enemigos le prestó su caballo, le ayudó á subir, y le puso en salvo, teniendo cuidado de cortarle con la espada un trozo ó giron de la túnica, para que fuese como mudo testigo de aquel hecho, y no pudiesen otros llevarse el premio que á él sólo correspondia? Pues en este caballero, por sobrenombre Tellez, toma origen el título de Giron, conmemorativo de un hecho caballeresco y heroico de que no habló Pausanias, ni se acordó Aristóteles, ni toda la caterva de sus autoridades clásicas.

quesa. Que hubiese visto servir esquisitos helados y refrescos, cosa de que están privadas las de Lóndres, ya lo entendemos; pero ¡bellotas! al demonio se le ocurre. Sin embargo, lo dice Mr. Ford y debe tener algun fundamento, como el que tendria quien dijese, por ejemplo, haber visto en los teatros de Lóndres señoras que se empujan vasos de *gin* ó de *brandy*. Verdad es, que M. Ford preguntaria escandalizado: ¿qué clase de señoras *beben esto*? y podria responderle: la misma clase de las que *comen aquello*.

Y prosigue la materia de teatros.

«Alguna vez hay una miserable compañía italiana en Madrid ó en algun otro punto, patrocinada por las altas clases, *por ser cosa de Paris y Lóndres*; pero fastidia á los españoles hasta lo sumo. Ellos son asaz de saltadores y músicos á su manera oriental, pero *no armónicos*.» No pueden ir mas allá la presuncion y el olvido de sí mismo en el escritor natural de un país que con dificultad logra sostener una compañía de ópera por cuatro meses del año. Cabalmente si en algo se despilfarran los españoles, es en sostener compañías hasta en ciudades de tercero y cuarto orden, cosa de que ayunan capitales de cuatrocientas y quinientas mil almas en Inglaterra. En diversas ocasiones se han visto dos compañías trabajando simultáneamente en Barcelona y Sevilla, mientras que Lóndres no goza de este espectáculo sino en la primavera. En cuanto al patrocinio esclusivo de las clases altas, por ser cosa de Paris y Lóndres, basta comparar los precios de las localidades en los teatros de España con los de los ingleses, para ver cuál de las dos aristocracias patrocina la ópera, que cualquiera creeria *cosa de los italianos*, y no de Lóndres por lo menos, como dice este buen escritor. Costando la luneta en un teatro inglés de ópera, la bagatela de siete á ocho pesos fuertes, no sabemos qué clase del pueblo podrá patrocinar este espectáculo, y mas habiendo multitud de familias millonarias de la clase media que en su vida han puesto el pie en un teatro. Por el contrario, si fuera de Italia hay un país donde la ópera sea un espectáculo popular, es ciertamente España, donde la módica tarifa le pone al alcance de todos. En Lóndres, sólo los aristócratas y los extranjeros sostienen el teatro italiano, mientras que en España asiste á él la clase media sin escepcion y no pequeña parte de las obreras. Algo podríamos decir sobre la calificación de inarmónicos al representante del país cuya fibra musical es un verdadero oprobio de que la opinion pública y sensata se escandaliza, sobre todo, de la música popular que saborea el público en los cafés cantantes, con acompañamiento de vasos y bastones. Pero al ataque del manualista, contesta el hecho del número de extranjeros, ingleses en su mayoría, que buscan en nuestras catedrales y bibliotecas, tesoros de música sagrada, que ciertamente no dirá el crítico

que está hecha por saltadores, ni que es in-armónica, y parecida á la *gaunia* oriental.

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ DE BENJUEA.

OBRAS DE JULIO VERNE.

Cuantos conocen por el original las obras de este célebre autor, convienen en que la mejor de todas, si es que en ellas cabe eleccion, es la titulada *Los hijos del capitán Grant en la América del Sur*, cuya *Primera parte* está ya de venta. Al atractivo de las magnificas descripciones y los dramáticos episodios á que Julio Verne tiene acostumbrado al lector en todas sus producciones, se une en la presente el interés mas humano y mas verdadero que ofrece el tierno y conmovedor espectáculo de dos hijos que van en busca de su padre, perdido en la exploración de países desconocidos.

Los señores suscritores y el público en general pueden ya adquirir esta preciosa obra, cuya aparicion ha sido tan deseada.

La *Segunda parte* quedará impresa á la mayor brevedad posible.

GEROGLIFICO.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE D. JOSE GASPAR.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRÍNCIPE, 4.